

CONFERENCIA

Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, universitario, teólogo, pontífice*

Joseph Ratzinger, Benedict XVI, academic, theologian, pontiff

Antonio María Rouco Varela

Académico de Número de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España
amroucov@archimadrid.es

RESUMEN

Para entender a Benedicto XVI hay que situarse en los años 30 del siglo pasado, época en la que la iglesia católica en Alemania vive un reto histórico-espiritual sin precedentes. Sus años de infancia y juventud, marcados por sus estudios para ser sacerdote o su participación en la guerra, fueron martiriales. De ahí deriva su deseo de buscar la verdad, en el que su guía personal y existencial es una filosofía que conecte y sintonice con el corazón. El compromiso valiente con la verdad fue el signo espiritual y existencial de su vida, por lo que confío que un día se le pueda abrir un proceso de canonización que termine en la declaración de doctor de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE: Benedicto XVI, verdad, compromiso.

ABSTRACT

In order to understand Benedict XVI, one must place oneself in the 1930s, a time when the Catholic Church in Germany was experiencing an unprecedented historical and spiritual challenge. His childhood and youth, marked by his studies to become a priest and his participation in the war, were martyr-like. From this stems his desire to search for truth, in which his personal and existential guide is a philosophy that connects and tunes into the heart. His courageous commitment to the truth was the spiritual and existential sign of his life, which is why I trust that one day a process of canonization may be opened for him, leading to his declaration as a doctor of the Church.

KEYWORDS: Benedict XVI, truth, commitment.

* Sesión académica de la RADE celebrada el 28-06-2023 con el título *Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Universitario, teólogo, pontífice.*

Me uno a la gratitud de Mons. Martínez Camino por la iniciativa de la Academia y de la sección de Derecho y también por la invitación que me han hecho llegar para participar en esta mesa.

Después de oír a los tres ponentes se me ocurre ir a la personalidad misma del Papa Benedicto XVI.

A mí siempre me preguntan si he coincidido con él en mis estudios en Alemania. Pues no. Él había sido enviado después de su Habilitación “al destierro académico” por algún catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad de Múnich. Yo llego a Múnich en el semestre de invierno de 1959-1960 y él llevaba ya dos cursos como profesor de Teología Fundamental en la Universidad de Bonn, asignatura que había enseñado primero como Profesor en la Escuela Superior de Teología de Freising (Frisinga). Es precisamente en mis años monacenses en la parroquia de San Rafael, a la que estaba adscrito, cuando coincido con un joven vicario parroquial muy interesado en las cuestiones de la hora teológica del momento -ya se había anunciado la convocatoria del C. Vaticano II por el Papa Juan XXIII- y que me da a conocer unos apuntes de clase de teología fundamental interesantísimos de su profesor en Freising (Seminario y Escuela Superior teológica estaban institucionalmente unidos) muy joven y que se llamaba Ratzinger. Para un joven español que había estudiado Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca en clave neoescolástica, seria y sólidamente desarrollada por profesores jesuitas y profesores dominicos (por cierto, el profesor Schmaus de Teología Dogmática, de la Universidad de Múnich internacionalmente conocido, nos decía: “los españoles no necesitan venir a mi clase porque ya saben toda la Teología que yo explico), aquellos “apuntes” sin embargo eran una sensación teológica: una ventana abierta a un panorama de Teología Fundamental que me ofrecía aquel profesor que yo no conocía (que no conocíamos, en realidad, en España; sí lo conocían bien los alumnos del seminario de Freising), que nos asomaba a una especie de horizonte intelectual y espiritual, luminoso y que nos ayudaba a entender y a comprender también nuestros problemas personales: problemas, sobre todo, los de la relación fe y razón. Problemas que estaban muy vivos en la conciencia y en la vida de los que éramos jóvenes seminaristas y jóvenes sacerdotes de aquella época y que eran, sin duda, también los de Ratzinger.

Para entender bien a Joseph Ratzinger hay que colocarse en aquellos años en los que era un niño: los años 30, del tiempo del nacionalsocialismo y del fracaso de la república de Weimar. Fracaso no solo económico y político, también cultural y espiritual. Fracaso porque la Alemania del año 33 se encuentra en un callejón sin salida. Un paro de proporciones increíbles, una inflación casi inimaginable, tener que ir a comprar pan con una cartera llena de billetes, para adquirir un kilo de pan tenías que llevar miles de marcos. Desde el punto de vista más cultural y espiritual, también. Alemania se encontraba en la tesitura de tener que elegir entre la fórmula -diríamos invasiva- de propagar la visión de la historia de

Alemania y de la historia de Europa y la concepción de su presente y de su futuro, típicas del nacionalsocialismo (hay que recordar el libro sobre “el Mito del siglo XX” de A. Rosenberg), y la fascinación del marxismo-leninismo que había echado raíces muy profundas en la república de Weimar y un pensamiento liberal positivista y neokantiano, masivo, que inspira jurídicamente una Constitución que no acababa de ser respetada, incluso de ser entendida. La Iglesia Católica, por su parte, pasaba en este momento histórico también por una coyuntura difícil. Había de enfrentarse primero al problema del choque intelectual y cultural de dos grandes totalitarismos, por un lado, y de afrontar la propuesta de solución jurídico-política y cultural- que no se consideraba suficiente –que ofrecía un liberalismo bastante vacilante desde el punto de vista de sus fundamentos teóricos, topándose, por otro lado, con un protestantismo que había quedado un tanto desvalido al perder su conexión con el Estado. El protestantismo desde Lutero se había desarrollado institucionalmente como una parte del Estado. Su eclesiología dualista había llevado a que la iglesia visible hubiese terminado en manos del poder político sin solución de continuidad hasta el final histórico del “Reich” “Bismarkiano” con la derrota de la I Guerra Mundial. En realidad, había venido articulándose constitucionalmente y operando funcionalmente desde la Reforma como un departamento o sección de la administración pública.

Este marco jurídico del Protestantismo histórico finaliza con la Constitución de Weimar. ¿Cómo articular en esta situación de vacío legal e institucional jurídicamente la organización eclesial de las comunidades de fieles en el plano local y nacional? Se recurre a los principios y a la técnica de la democracia política. Se parte de la superioridad del sínodo elegido por todos los fieles; del sínodo parte el nombramiento del obispo entendido y configurado no sacramentalmente en consonancia con la teología de la autoridad eclesial típica del protestantismo. El resultado práctico: una Iglesia organizada -y dividida- en partidos. El partido nacionalsocialista se presenta bajo denominación eclesial (“los Cristianos alemanes”) a las elecciones sinodales y las gana arrolladoramente. Y lo hace además de una manera, diríamos, escandalosa. Porque el primer obispo que se nombra para “la nueva Reichskirche” era un miembro desatado del partido nacionalsocialista que se declaraba ateo.

Con este trasfondo cultural, político y religioso hay que valorar a aquella sencilla familia católica -muy piadosa-, la familia Ratzinger, en la que nace y se educa con sus dos hermanos mayores (niño y niña) el más pequeño, Joseph. Ese era también el trasfondo en el que vivía la iglesia católica en Alemania en esos años dramáticos 20/30 del pasado siglo y que la colocaban ante un reto histórico-espiritual sin precedentes. La respuesta que se fue perfilando pastoralmente tiene como destacado protagonista a los mismos católicos alemanes: al pueblo católico unido a su Jerarquía. Se vertebraba, sobre todo, en torno a los nuevos “movimientos eclesiales”: el “movimiento juvenil” al que da alma, inspira y funda un joven teólogo alemán de padres italianos, Romano Guardini, “el movimiento litúrgico” y “el movimiento ecuménico”.

En este contexto existencial es en el que el niño Ratzinger quiere ser sacerdote. A los doce años se va al seminario menor de Traunstein, (Archidiócesis de Múnich), una de esas localidades de los valles prealpinos, bellísima, cuya belleza sigue intacta para los visitantes que quieran acercarse a ella. El seminario era un internado, pero el estudio se hacía en el liceo público. Tenían que ir a pie. El recorrido no era demasiado largo. Corrían ya los tiempos nacionalsocialistas y los seminaristas eran insultados por la calle, les silbaban, los demás chicos se burlaban de ellos. El camino diario al liceo exigía una valentía casi heroica. Cuenta Ratzinger que, además, había un profesor de francés que los tiranizaba sin piedad. Fueron años de niñez y de adolescencia verdaderamente martiriales, sin miedo a los insultos y a la represión de los profesores. Después viene la guerra, lo llaman a filas con 17 años. También le toca vivir los momentos difíciles de los campos de concentración de los soldados derrotados alemanes. Tuvo la suerte de caer en la zona norteamericana. Pronto los liberarían. Lo pasa fatal, muy mal: un mes viviendo al aire libre con lluvia y con todos los inconvenientes meteorológicos tan propios de la Alemania prealpina. Se reafirma en su vocación de ser sacerdote porque quiere encontrar la verdad. Ese lema suyo de sus tiempos de Arzobispo, Cardenal y de Roma, “Cooperatores veritatis”, tiene que ver mucho con la historia personal de su alma en esos primeros años de su infancia y juventud tan impresionantes.

Curiosamente, su primer trabajo científico -y por el que además es premiado por la Universidad de Múnich- es un estudio de la obra “De veritate” de Santo Tomás de Aquino. Un opúsculo sobre una de esas cuestiones especiales que en la escolástica clásica eran tan frecuentes. En la organización académica de la universidad alemana no había licenciatura, había exámenes de Estado y, luego, el doctorado para aquellos que querían seguir avanzando en su itinerario universitario. Si quisieras, además, ser profesor universitario habrías de hacer “la Habilitación”.

El primer escrito en el que cuaja su personalidad intelectual es, pues, el del estudio del “De veritate” de Santo Tomás de Aquino. Pero el tomismo no le iba mucho: ¿por carácter, por sensibilidad espiritual? A la hora de elegir el tema para su tesis doctoral se fija en San Agustín; “Pueblo y Casa de Dios en San Agustín”. Un tema eminentemente eclesiológico. A la hora de la “Habilitación” para el profesorado universitario en vez de elegir a M. Schmaus, un clásico de la primera renovación de la teología escolástica en esa primera mitad del s. XX y “su padre de doctorado, busca al Catedrático de Teología Fundamental, G. Söhngen. Un teólogo metodológicamente más creativo. Estudiará a San Buenaventura, más concretamente, su teología de la historia. La guía personal y existencial para él en la búsqueda de la verdad no será principalmente el tomismo, pero tampoco las filosofías de moda: el existencialismo, por ejemplo, e infinitamente menos el marxismo. Será una filosofía que conecte y que sintonice con el corazón. La apertura a la verdad no solo procede intelectualmente sino también cordialmente. A la verdad, el hombre llega sí con la inteligencia y también sí con el corazón.

San Agustín era el maestro de esa Teología e igualmente San Buenaventura. San Buenaventura, además, la aplica a la comprensión de la historia.

Ratzinger vivió la historia en el momento más dramático de todo el siglo XX: Alemania destrozada, Europa destrozada materialmente, físicamente, políticamente, espiritualmente... Había que recomponerla y reconstruirla superando el positivismo antropológico, especialmente en su traducción jurídica. Y... ¿sobre qué base cultural e intelectual?: ¿sobre una filosofía o una teoría del derecho nacida de un existencialismo a lo alemán? o ¿a lo francés, a lo Sartre? Pues tampoco. El quiere abrirse camino: un camino que sea de luz para su vida personal, primero, y como profesor para sus alumnos, después. Continuándolo más tarde sistemáticamente en la vida de la Iglesia y de la cultura y de la política de la Alemania de los años 60 y 70. Hasta que le llega la hora de Roma: la hora de un compromiso universal con la profesión de la verdad: con Juan Pablo II y final y culminantemente cuando es elegido papa. Elige el nombre de Benedicto XVI. La elección de ese nombre sorprendió a los que estábamos presentes en el Cónclave.

“El sitio en la vida” de dónde venía, era pues el de la pasión juvenil por encontrar la verdad, el no temer al combate en buena lid intelectual y cultural y, no menos, intereclesial, teológico, apostólico y pastoral. El compromiso valiente con la verdad había sido el signo espiritual y existencial de toda su vida. Y ello, en contraste extraordinariamente llamativo con los rasgos más característicos de su personalidad humana y sacerdotal: Joseph Ratzinger fue siempre una persona sencilla, humilde, nunca se enfadaba ni privada ni menos públicamente, por ejemplo, en la Universidad o en el ejercicio de sus cargos pastorales en la Iglesia. No dejó nunca de ser sencillo como suelen serlo los buscadores auténticos de la verdad como él lo fue tanto desde el punto de vista de la objetividad intelectual como desde el subjetivo y personal.

Estos apuntes para un inicial esbozo de una síntesis humana y espiritual de su vida no sé si sirven para comprender que un día se le pueda abrir un proceso de canonización y que termine en la declaración de doctor de la Iglesia. Confío que sí. Teniendo en cuenta, que fue un teólogo, -un profesor de teología- con muchos oponentes, que fue un Prefecto de la Congregación de la fe con muchos adversarios y que, en sus años de papa, tampoco lo tuvo fácil. La respuesta suya siempre fue fidelidad a la verdad, fidelidad profesada con toda la hondura de su vivencia personal y con toda la riqueza humana de su carácter.

Quisiera hacer alusión solo a dos momentos de esas situaciones complejas y espinosas en que se vio envuelto: una como profesor y otra como Prefecto para la Congregación para la doctrina de la fe. Primero, siendo profesor en Tubinga en los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II cuando se traslada de Bonn a la histórica Universidad de Tubinga. La situación del alumnado de sus facultades de teología, tanto la de la católica como

en la protestante, era de una revolución descarada que llegaba hasta la blasfemia. “Mayo del 68” estaba cociéndose allí a través de un anarquismo psicológico, intelectual, social y político que culmina en la Alemania de los años 70 con los atentados terroristas de la famosa banda “Baader-Meinhof”; ¡con su terror! El profesor Ratzinger cuenta que el profesor tenía que enfrentarse en clase con una jauría de estudiantes que llegaban a la mesa, te quitaban el micro, se encaraban contigo y luego te insultaban. Una situación tremenda e inaguantable. La compartió con Hans Küng; pero este se quedó en Tubinga y él se marchó a Münster, su tercer escenario universitario, ya como profesor de teología dogmática.

El segundo episodio de su vida en donde tuvo que sufrir muchos ataques y muchas incomprendiones en Alemania y fuera de Alemania es el de los primeros “años 80” cuando se plantea el debate de la llamada teología de la liberación. Interviene en él, primeramente, como teólogo, no como autoridad doctrinal. Luego tendrá que abordarlo como prefecto para la Congregación para la doctrina de la fe. La primera instrucción de la Congregación sobre la teología de la liberación fue acogida con una crítica generalizada en los medios universitarios de las Facultades alemanas de Teología, sobre todo; pero también en Latinoamérica. Muchos ambientes pastorales de la iglesia católica del inmediato Postconcilio vivían una sensibilidad social muy proclive a la opción preferencial por esa Teología, dada la situación de subdesarrollo e injusticias que parecían endémicas en toda América Latina-Hispanoamérica. No la rectifica, pero sí la matiza con una segunda instrucción que la hiciese más comprensible.

Permítanme terminar recordando su visita a Madrid con motivo de la JMJ en agosto del año 2011. Todas sus intervenciones son piezas teológica y pastoralmente perfectas. El discurso de bienvenida y saludo a los jóvenes llegados de todo el mundo en un número que rozó los dos millones (se nos informó de Telefónica -eran las 5 o las 6 de la tarde del 20 de agosto- que en Cuatro Vientos se registraban abiertos 1.537.000 teléfonos móviles), luego, el Via Crucis, sus palabras en El Escorial en el encuentro con religiosas jóvenes de vida contemplativa, el discurso a los Profesores universitarios jóvenes en la basílica del Monasterio, su texto de la vigilia eucarística de la noche, el de la homilía de la Eucaristía del domingo, el discurso de despedida... forman un conjunto de pequeños fragmentos teológicos, verdaderas perlas de una buena teología contemporánea. Su lectura es muy aconsejable.